

ISSN 0120-5587
E-ISSN 2422-3174
ENERO-JUNIO



REVISTA
**Lingüística
Literaria**^y

Quintiliano, el orador hispanorromano: proemio de las *Institutiones oratoriae* traducido en español

QUINTILIAN, THE HISPANO-
ROMAN ORATOR: PROEM OF
THE *INSTITUTIONES ORATORIAE*
TRANSLATED INTO SPANISH

DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.lyl.n89a12>

Recibido: 13/01/2025

Aprobado: 28/10/2025

Publicado: 01/01/2026

Juan Pablo Arias Escobar

Universidad de Antioquia

juan.ariase@udea.edu.co

ORCID: <https://orcid.org/0009-0008-7553-3107>

Resumen: Este trabajo presenta una traducción al español del proemio de las *Institutiones oratoriae* de Quintiliano. El estudio busca ofrecer una aproximación filológica que respete los aspectos lingüísticos, estilísticos y retóricos del texto original, con el fin de acercar al lector a los ideales educativos y culturales expresados por el retórico romano.

Palabras clave: Quintiliano; *Institutiones oratoriae*; traducción latina; retórica; educación.

Abstract: This paper offers a translation into Spanish of the proem of Quintilian's *Institutiones Oratoriae*. The work seeks to provide a philological approach that respects the linguistic, stylistic, and rhetorical aspects of the original text, aiming to bring readers closer to the educational and cultural ideals expressed by the Roman rhetorician.

Keywords: Quintilian; *Institutiones oratoriae*; Latin translation; rhetoric; education.

El autor y su obra

Quintiliano fue un orador y profesor de retórica que durante el siglo I D.C. vivió en Roma. La opinión actual, si bien desde el Renacimiento ha sido materia de discusión, es que nació en Calagurris, ciudad romana antecesora de la hoy ciudad española Calahorra¹. De Quintiliano conservamos la obra intitulada *Institutiones oratoriae*, texto particular, por cuanto parece ser manual de retórica y tratado de pedagogía a un mismo tiempo, lo cual la hace caso *sui generis*. De aquí que su trabajo sea de interés tanto para filólogos y curiosos de la lengua latina como para profesores que desean aprender sobre la pedagogía entre los antiguos. Por esto último y su relación con nuestro ejercicio de docencia enseñando raíces grecolatinas en la Universidad de Antioquia, decidimos emprender una traducción del orador hispanorromano.

La precipitación impaciente en los estudios que desdeña el lento camino por donde van los pocos que conquistan el verdadero saber desdora más que favorece, de suerte que, no sin razón, en el sentir de Quintiliano, si se ha de formar al perfecto orador, al *vir bonus dicendi peritus*, es de rigor comenzar, no con el hombre o joven, sino con el niño, el cual tan pronto como sepa leer y escribir, deberá ser encomendado al gramático. Este se encargará de enseñarle al rapazuelo el arte de hablar correctamente, y de la exégesis de los poetas; no obstante, hay más de lo que parece a simple vista —dice el rétor—, pues, el habla se asocia con la escritura, y antes de la interpretación, está la lectura. Así que no basta la lección de los poetas solos, sino que al educando le será preciso leer otros autores, tanto por lo que tratan cuanto por el estilo y las palabras particulares que en ellos se encuentran. Todavía más: sin música la gramática es imperfecta, por lo cual es fuerza que el gramático no ignore la métrica y el ritmo, y, como desconozca la astronomía, en balde intentará comprender a los poetas. Tampoco es de ignorarse la filosofía, que a cada paso se encuentra embebida en la poesía.

¹ Para información más precisa de la vida de Quintiliano y su obra, puede consultarse el libro *The Oxford Handbook of Quintilian* (2021).

Por qué una traducción colombiana de las *Institutiones oratoriae*

«Es el bien hablar una de las más claras señales de la gente culta y bien nacida, y condición indispensable de cuantos aspiren a utilizar en pro de sus semejantes, por medio de la palabra o de la escritura, los talentos con que la naturaleza los ha favorecido: de ahí el empeño con que se recomienda el estudio de la gramática». Así comienza el prólogo de las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (1907) del filólogo Rufino José Cuervo, texto ya clásico de la letras colombianas. Volvemos a estas palabras para recordar que la educación gramatical y la corrección en el lenguaje mal que bien han sido parte importante del carácter nacional colombiano, pues, particularmente después de los maestros gramáticos del siglo XIX, ha habido cierta propensión en este terruño al estudio de las letras patrias y las lenguas extranjeras, las cuales han sido cultivadas por todas las clases, pero con especial tiento por la clase dirigente. Lo antedicho vale, por sobre todo, para la lengua latina, que ha sido punto sensible de la idiosincrasia nacional, puesto que, se puede decir, sin exagerar, que aquí se ha cumplido en numerosas ocasiones el deseo de Platón, a saber, el contar la Calípolis con un filósofo rey, o más bien —para decirlo con acribia— un filólogo rey. Miguel Antonio Caro, Marco Fidel Suárez, Miguel Abadía Méndez, por poner algunos ejemplos, dirigieron el solio presidencial sacando a relucir sus latines cada vez que tuvieron la ocasión. Dicho esto, queremos manifestar que nada más que el anhelo de continuar con tales inclinaciones patrias, por decirlo así, nos mueve a escribir estas páginas en las que presentamos el proemio de las *Institutiones oratoriae* de Quintiliano traducido al español. Que sepamos, es la primera vez que se intenta en nuestro país una traducción del orador, por manera que, tratándose de autor tan importante en la tradición hispanorromana, queremos compartir tal conato con los lectores benévolos aun cuando somos bien conscientes del desaliño de nuestra labor.

Por lo demás, hoy por hoy no contamos con un estudio crítico en el cual se evalúe pormenorizadamente el influjo de las ideas de Quintiliano en los gramáticos y letrados tanto colombianos como hispanoamericanos. Creemos, pues, que una traducción como la nuestra, puede ser un modesto inicio a la exploración de tales vericuetos y motivar, *diis volentibus*, a la lectura de Quintiliano, entre otros autores romanos, estudio que entre los colombianos ha sufrido, por más que sea ruboroso decirlo, de un amortecimiento innegable.

Quintiliano, el orador hispanorromano: proemio de las *Institutiones oratoriae* traducido en español

La elección del texto y traducción

Hemos tenido a nuestro alcance el texto latino de las *Institutiones oratoriae* en el corpus *The Packard Humanities Institute* (PHI), este es, el editado por Winterbottom. Siendo nuestra versión directa del latín, tuvimos como propósito ensayar una traducción que, aunque literal en la medida de lo posible, guardase las formas clásicas del español. *Rebus sic stantibus*, al traducir a todo un orador latino, no creemos que sea razón vulgarizarlo en lengua poco literaria bien que tampoco era nuestra intención aparecer como barrocos o alambicados. Queriendo, pues, mantener una moderada elación de estilo, cotejamos el giro latino y el giro castellano a lo que se nos alcanza.

Traducción

Epístola primera: de Quintiliano al librero Trifón

[I] Me has instado día tras día a que al fin publicase el libro que había escrito a mi querido Marcelo sobre la educación del orador. A mi juicio, estaba aún por madurar, pues, como sabes, atareado yo por otros asuntos, su composición me ha tomado poco más de dos años. Durante este tiempo, me dediqué no tanto a la escritura cuanto a la investigación de una materia casi interminable y a la lectura de innúmeros autores. [II] Siguiendo, pues, el consejo de Horacio, quien en *La epístola a los Pisones* aconseja no apresurar las publicaciones y «mantener las obras en revisión por nueve años como mínimo», me decidí a darle tiempo al libro para, en cuanto lector, revisarlo con más celo una vez enfriada la pasión de la creación. [III] Más si es tal la insistencia, según lo que dices, hagámonos a la vela y pidamos por quienes desatan el cabo. Por otra parte, dejo encomendado en tu credibilidad y diligencia el que el libro llegue al público lo más cuidado posible. Cuídate.

PROEMIO

[I] Luego que hube conseguido el ocio para el estudio, tras veinte años de educar jóvenes, cuando algunos de mis amigos me solicitaron

que compusiese algo sobre el arte del bien decir, lo repugné por un tiempo, puesto que era consciente de que autores tanto griegos como latinos habían ya tratado el tema de manera muy cuidadosa en obras que legaron a la posteridad. [II] Y, en razón a esto, tanto más justa creía yo mi reticencia, cuanto menos ellos, pues argumentaban que tomar partido entre las diversas opiniones de los primeros autores, algunas de estas, a veces, hasta contradictorias, era dificultoso. Así que no les parecía infundado el imponerme la tarea de hacer una valoración apropiada de los antiguos en caso de no encontrar yo nada nuevo. [III] Pero, si bien no me convenció tanto la presunción de estar a la altura que la tarea exigía cuanto el pudor de negarme a ella, la acometí de buena gana con el fin de ganarme el afecto de mis más queridos amigos y, al mismo tiempo, evitar, llegado a camino trillado, la necesidad de andar por donde otros ya habían pasado, aunque la carga de esta labor se revelase cada vez más grave que la de la impuesta en un principio. [IV] Pues, prácticamente todos cuantos trataron previamente del arte del decir han comenzado como si les dieran el último retoque con la elocución a personas ya instruidas en todo tipo de educación, ora porque estimaron en poco los estudios preliminares que se cursan, ora porque no los consideraron de su incumbencia —al ser diversos los fines de cada profesión—, o porque, lo que se acerca a la verdad, no tenían la esperanza de sacar provecho a una demostración de su talento al abordar tema que, aunque necesario, está, no obstante, lejos de ser llamativo; como cuando contemplamos trabajosas cumbres que descansan sobre cimientos ocultos². [V] En cambio, yo, que ninguna materia considero ajena al arte oratorio, sin las cuales³, debo admitirlo, no es posible que se forme orador alguno, ni alcanzar la cúspide de ninguna materia a menos que se hayan seguido de antemano los estudios preliminares, no desdeñaré el examen de estas cosas. Así mismo, de serme confiada la educación de un orador, comenzaré por la infancia. [VI] Esta obra te la dedico a ti, Marcelo Victorio, que has sido para mí gran amigo, cuanto fervoroso cultor de las letras. Te juzgué por muy digno de este obsequio amistoso, no solo en vista de aquellas cosas —pese a ser estas significativas—, sino también porque me parecía no poco útil para instruir a tu querido hijo Geta, en cuya primera edad ya tiene demostrada la brillantez de su ingenio, pues mi intención era conducir al lector desde la cuna del decir, por entre las etapas de instrucción quizá útiles para el orador en ciernes, hasta llegar finalmente a la cima del arte. [VII] Y tanto más, cuanto ya corren por ahí dos libros sobre oratoria de mi

² Al contemplar una obra arquitectónica vemos lo superficial mas no lo fundamental: los cimientos.

³ Usamos el relativo plural las cuales aun cuando el antecedente es el singular ninguna materia, por cuanto Quintiliano tiene en mente varias materias, esto es, la figura retórica llamada silepsis o concordancia ad sensum.

supuesta autoría, cuando jamás fueron publicados por mí ni compuestos para aquel propósito. El uno es un discurso pronunciado en dos días, el cual fue conservado por los mozuelos que lo escucharon; el otro son unas charlas de varios días que, apuntadas por mis mejores alumnos y estimándome estos excesivamente, salieron a la luz con honor precipitado. [VIII] De aquí el que este libro contenga algunas cosas iguales, muchas modificadas, muchas más adicionadas; todo estará más arreglado y, en cuanto pueda, reelaborado. [IX] He querido, pues, exponer la instrucción de aquel perfecto orador, el cual no puede hacerse a no ser que sea un hombre bueno y, por esto, le exigimos no solo cuanto toca al arte del bien decir, mas aun cuanto toca a las prendas morales de las que ha de revestirse. [X] Pues, no asentiré a la opinión de que es preciso, como algunos creen, capitular el cuidado de una vida decente e íntegra exclusivamente a los filósofos, cuando aquel que de verdad actúa como ciudadano, que es idóneo para administrar tanto los asuntos públicos como privados, que puede gobernar las ciudades con sus consejos, fundarlas, darles leyes y enderezarlas con juicios, no es otro que el mismísimo orador. [XI] Por consiguiente, aunque haré uso de algunos conceptos propios, sí, de los libros de filosofía, con todo y eso, sostengo que tales principios tienen un fundamento para formar parte de la materia de este trabajo y pertenecen legítimamente al arte oratorio. [XII] ¿O es que, siendo necesario tratar recurrentemente sobre la justicia, fuerza, temperancia y otros conceptos similares hasta el punto de que a duras penas se encuentre alguna cuestión no atañedora a estos asuntos, y también hasta dilucidar todas las cosas con invención y elocución, acaso se dudará que allí donde son necesarias la fuerza del ingenio y la facundia serían provechosas las aptitudes del orador? [XIII]. Ambas facultades, conforme colige Cicerón, así como estuvieron unidas por su naturaleza, así estuvieron mancomunadas en el quehacer, de manera tal, que los mismos hombres eran tenidos tanto por oradores como por sabios. Luego, esta preparación se dividió y, a causa de la negligencia, sucedió que las artes de la filosofía y la retórica se presentaron bajo formas variadas. Porque como comenzase a predominar la sed de lucro por medio del uso de la lengua y se abusase de las bondades de la elocuencia, los reputados por sabios abandonaron el cuidado de las costumbres, [XIV] desatendido el cual, fue como un despojo para ingenios inferiores. De donde algunos, aborreciendo la labor del bien decir, volviendo a formar sus espíritus y a establecerse leyes de vida, mantuvieron cuando menos la mejor parte de la filosofía —si acaso puede dividirse—; sin embargo, sobremanera arrogantes se atribuyeron solamente a sí mismos el nombre de estudiosos de la

sabiduría⁴, a lo cual nunca se atrevieron ni los más grandes generales ni los más habilidosos estadistas en los asuntos importantes del imperio y en toda la administración de este. Prefirieron, pues, hacer cosas excelentes antes que prometerlas.

Y no puedo negar, desde luego, que muchos de los maestros de filosofía enseñaron cosas honestas y aun vivieron según sus doctrinas. **[XV]** Pero, en nuestros tiempos, los mayores vicios se han ocultado en los más de los maestros bajo este nombre: filósofo. Porque ni con virtud ni con empeño se granjeaban la reputación de filósofos, sino que, adoptando una apariencia y gravedad particulares, disculpaban su vida licenciosa. **[XVI]** Sin embargo, lo que se considera propio de la filosofía, todos lo tratamos a cada paso. ¿Quién, pues, aun siendo el más perverso, no habla de la justicia, la equidad y el bien? ¿Quién, incluso entre los rústicos, no indaga nada de las causas de la naturaleza? En efecto, la propiedad de las palabras y su distinción han de ser corrientes para todos cuantos se preocupan por su forma de expresarse, **[XVII]** aunque la persona que mejor las conoce y las presenta es el orador, que, de haber alcanzado la perfección, no precisaría las doctrinas de los filósofos sobre la virtud. Ahora bien, es necesario volver alguna vez a esos autores que, después de olvidada el arte oratoria, como dije, se ocuparon de la mejor parte, y vindicarla como nuestra; no con el fin de aprovecharnos de sus hallazgos, sino para mostrar que aquellas prácticas no les son propias a ellos. **[XVIII]** Que el orador sea, por consiguiente, un hombre tal, cual pueda llamarse sabio; y no solo perfecto en sus costumbres —pues, tengo para mí, aunque hay quienes opinen lo contrario, que esto no basta—, sino también en la ciencia y en el arte del bien decir, cual quizá ninguno lo haya sido hasta ahora⁵. **[XIX]** Mas no por eso hemos de tender menos a lo sublime, como hicieron los más de los antiguos, que, creyendo aún no haber encontrado a ningún sabio, con todo, dejaron preceptos sobre la sabiduría. **[XX]** Pues, la completa elocuencia es algo real y la naturaleza del ingenio humano no nos impide llegar a ella; y aun no alcanzándose esta, en todo caso, llegarán a un punto más alto quienes se preparen para lo sublime que quienes, desesperanzados de la meta a la que desean llegar, se atascaren en lo básico al comenzar. **[XXI]** Tanto más se me perdonará si no paso por alto ni aun las nimiedades, no obstante, necesarias a la obra que nos hemos propuesto. Así pues, el primer libro contendrá cuanto toca a la propedéutica del rétor; el segundo será sobre los rudimentos del

⁴ Se refiere a los filósofos. En griego antiguo *φιλόσοφοι* significa lo que dice Quintiliano: estudiosos o amantes del conocimiento.

⁵ Para ser perfecto tendría que rigurosamente dominar todas las artes y ciencias, lo cual es humanamente imposible.

orador y sobre cuestiones substanciales. [XXII] Luego, cinco estarán dedicados a la invención, pues a esta se subordina la disposición, y los cuatro siguientes, a la elocución, donde se mencionan la memoria y la pronunciación. Y finalmente, un libro, en el que hemos de describir al orador propiamente así llamado, y donde disertaremos —cuanto permita nuestra flaqueza— sobre sus maneras, su método al aceptar, estudiar y defender causas, el estilo que ha de seguir, cuándo debería retirarse y a qué estudios consagrarse después de retirado. [XXIII] A todas estas cosas se añadirá, según el lugar lo requiera, el método de enseñanza, el cual no sólo instruya al discente en el entendimiento de aquellas cosas a que algunos han dado el nombre de arte y, por así decirlo, que interprete el derecho, más pueda también alimentar la facundia del orador y aumentar el vigor de su elocución. [XXIV] Pues, suele acaecer que los meros preceptos, observados con sutileza exagerada, despedazan y derrumban todo cuanto hay de más noble en su razonamiento; además, consumen el brío del ingenio y descubren los huesos, que, así como deben existir y estar enlazados con los nervios, así también han de estar cubiertos de músculo. [XXV] Y por eso, determinados a explicar sucintamente todo, agregamos en estos doce libros todo lo que considerábamos útil en la instrucción del orador, no una parte específica, como la mayoría. Pues, de abordar todo cuanto puede decirse de cada asunto, no terminaríamos nunca esta obra. [XXVI] Sin embargo, primero hay que declarar esto: ni doctrina ni arte valen si natura no ayuda. Por ende, así al que carezca de aptitud, esta obra no le será útil, como tampoco lo es ningún tratado de cultivo si se aplica en campos infértiles. [XXVII] Existen asimismo otras ayudas ingénitas: la voz, la fuerza de los pulmones, la salud, la constancia y la gravedad, las cuales, si acaso son módicas, pueden aumentarse con la razón, pero a veces estas faltan a tal punto, que aun corrompen los bienes de la afición y el estudio; de la misma manera estas cosas sin instructor apropiado, sin práctica asidua, sin escribir, ni leer, ni pronunciar mucho, sin disciplina constante, de suyo no benefician.

Texto latino

EPISTVLA I. M. FABIVS QVINTILIANVS TRYPHONI
SVO SALVTEM.

I. Efflagitasti cotidiano convicio ut libros quos ad Marcellum
meum de institutione oratoria scripseram iam emittere inciperem. Nam

ipse eos nondum opinabar satis maturuisse, quibus componendis, ut scis, paulo plus quam biennium tot alioqui negotiis districtus inpendi: quod tempus non tam stilo quam inquisitioni operis prope infiniti et legendis auctoribus, qui sunt innumerabiles, datum est. **II.** Vsus deinde Horati consilio, qui in *arte poetica* suadet ne praecipitetur editio «nonumque prematur in annum» dabam his otium, ut refrigerato inventionis amore diligentius repetitos tamquam lector perpenderem. **III.** Sed si tantopere efflagitantur quam tu adfirmas, permittamus vela ventis et oram solventibus bene precemur. Multum autem in tua quoque fide ac diligentia positum est, ut in manus hominum quam emendatissimi veniant. Vale.

PROHOEMIVM

I. post impetratam studiis meis quietem, quae per viginti annos erudiendis iuvenibus inpenderam, cum a me quidam familiariter postularent ut aliquid de ratione dicendi componerem, diu sum equidem reluctatus, quod auctores utriusque linguae clarissimos non ignorabam multa quae ad hoc opus pertinerent diligentissime scripta posteris reliquisse. **II.** Sed qua ego ex causa faciliorem mihi veniam meae deprecationis arbitrabar fore, hac accendebantur illi magis, quod inter diversas opiniones priorum et quasdam etiam inter se contrarias difficilis esset electio, ut mihi si non inveniendi nova, at certe iudicandi de veteribus iniungere laborem non iniuste viderentur. **III.** Quamvis autem non tam me vinceret praestandi quod exigebatur fiducia quam negandi verecundia, latius se tamen aperiente materia plus quam imponebatur oneris sponte suscepi, simul ut pleniore obsequio demererer amantissimos mei, simul ne vulgarem viam ingressus alienis demum vestigiis insisterem. **IV.** Nam ceteri fere qui artem orandi litteris tradiderunt ita sunt exorsi quasi perfectis omni alio genere doctrinae summam (in eloquentiae) manum imponderent, sive contemnentes tamquam parva quae prius discimus studia, sive non ad suum pertinere officium opinati, quando divisae professionum vices essent, seu, quod proximum vero, nullam ingenii sperantes gratiam circa res etiamsi necessarias, procul tamen ab ostentatione positas, ut operum fastigia spectantur, latent fundamenta. **V.** Ego cum existimem nihil arti oratoriae alienum sine quo fieri non posse oratorem fatendum est, nec ad ullius rei summam nisi praecedentibus initiis perveniri, ad minora illa, sed quae si neglegas non sit maioribus locus, demittere me non recusabo, nec aliter quam si mihi tradatur educandus orator studia eius formare ab infantia incipiam. **VI.** Quod opus, Marcelle Vitori, tibi dicamus, quem cum amicissimum nobis tum eximio litterarum amore flagrantem non

propter haec modo —quamquam sint magna—, dignissimum hoc mutuae inter nos caritatis pignore iudicabamus, sed quod erudiendo Getae tuo, cuius prima aetatis manifestum iam ingenii lumen ostendit, non inutiles fore libri videbantur quos ab ipsis dicendi velut incunabulis per omnes quae modo aliquid oratori futuro conferant artis ad summam eius operis perducere festinabimus. **VII** Atque eo magis quod duo iam sub nomine meo libri ferebantur artis rhetoricae neque editi a me neque in hoc comparati. Namque alterum sermonem per biduum habitum pueri quibus id praestabatur exceperant, alterum pluribus sane diebus, quantum notando consequi potuerant, interceptum boni iuvenes sed nimium amantes mei temerario editionis honore vulgaverant. **VIII**. Quare in his quoque libris erunt eadem aliqua, multa mutata, plurima adiecta, omnia vero compositiora et quantum nos poterimus elaborata. **IX**. Oratorem autem instituimus illum perfectum, qui esse nisi vir bonus non potest, ideoque non dicendi modo eximiam in eo facultatem sed omnis animi virtutes exigimus **X**. Neque enim hoc concesserim, rationem rectae honestaeque vitae, ut quidam putaverunt, ad philosophos relegandam, cum vir ille vere civilis et publicarum privatarumque rerum administrationi accommodatus, qui regere consiliis urbes, fundare legibus, emendare iudiciis possit, non alius sit profecto quam orator. **XI**. Quare, tametsi me fateor usurum quibusdam quae philosophorum libris continentur, tamen ea iure vereque contenderim esse operis nostri proprieque ad artem oratoriam pertinere. **XII**. An, si frequentissime de iustitia fortitudine temperantia ceterisque similibus disserendum est, adeo ut vix ulla possit causa reperiri in quam non aliqua ex his incidat quaestio, eaque omnia inventionem atque elocutionem sunt explicanda, dubitabitur, ubicumque vis ingenii et copia dicendi postulatur, ibi partes oratoris esse praecipuas? **XIII**. fueruntque haec, ut Cicero apertissime colligit, quemadmodum iuncta natura, sic officio quoque copulata, ut idem sapientes atque eloquentes haberentur. Scidit deinde se studium, atque inertia factum est ut artes esse plures viderentur. Nam ut primum lingua esse coepit in quaestu institutumque eloquentiae bonis male uti, curam morum qui disertis habebantur reliquerunt: **XIV** ea vero destituta infirmioribus ingeniis velut praedae fuit. Inde quidam contempto bene dicendi labore ad formandos animos statuendasque vitae leges regressi partem quidem potiore, si dividi posset, retinuerunt, nomen tamen sibi insolentissimum adrogaverunt, ut soli studiosi sapientiae vocarentur; quod neque summi imperatores neque in consiliis rerum maximarum ac totius administratione rei publicae clarissime versati sibi umquam vindicare sunt ausi: facere enim optima quam promittere maluerunt. **XV**. Ac veterum quidem sapientiae professorum multos et honesta praecepisse et, ut praeceperint, etiam vixisse facile concesserim: nostris vero temporibus sub hoc

nomine maxima in plerisque vitia latuerunt. Non enim virtute ac studiis ut haberentur philosophi laborabant, sed vultum et tristitiam et dissentientem a ceteris habitum pessimis moribus praetendebant. **XVI.** Haec autem quae velut propria philosophiae adseruntur, passim tractamus omnes. Quis enim non de iusto, aequo ac bono, modo non et vir pessimus, loquitur? Quis non etiam rusticorum aliqua de causis naturalibus quaerit? Nam verborum proprietas ac differentia omnibus qui sermonem curae habent debet esse communis. **XVII.** Sed ea et sciet optime et eloquetur orator: qui si fuisset aliquando perfectus non a philosophorum scholis virtutis praecepta peterentur. Nunc necesse est ad eos [aliquando] auctores recurrere, qui desertam, ut dixi, partem oratoriae artis, meliorem praesertim occupaverunt, et velut nostrum reposcere, non ut illorum nos utamur inventis, sed ut illos alienis usos esse doceamus. **XVIII.** Sit igitur orator vir talis qualis vere sapiens appellari possit, nec moribus modo perfectus (nam id mea quidem opinione, quamquam sunt qui dissentiant, satis non est), sed etiam scientia et omni facultate dicendi; qualis fortasse nemo adhuc fuerit, **XIX.** sed non ideo minus nobis ad summa tendendum est: quod fecerunt plerique veterum, qui, etsi nondum quemquam sapientem repertum putabant, praecepta tamen sapientiae tradiderunt. **XX.** Nam est certe aliquid consummata eloquentia neque ad eam pervenire natura humani ingenii prohibet. Quod si non contingat, altius tamen ibunt qui ad summa nitentur quam qui praesumpta desperatione quo velint evadendi protinus circa ima substiterint. **XXI.** Quo magis impetranda erit venia si ne minora quidem illa, verum operi quod instituimus necessaria, praeteribo. Nam liber primus ea quae sunt ante officium rhetoris continebit. Secundo prima apud rhetorem elementa et quae de ipsa rhetorices substantia quaeruntur tractabimus. **XXII.** Quinque deinceps inventioni (nam huic et dispositio subiungitur), quattuor elocutioni, in cuius partem memoria ac pronuntiatio veniunt, dabuntur. Vnus accedet in quo nobis orator ipse informandus est: ubi qui mores eius, quae in suscipiendis discendis agendis causis ratio, quod eloquentiae genus, quis agendi debeat esse finis, quae post finem studia, quantum nostra valebit infirmitas disseremus. **XXIII.** His omnibus admiscebitur, ut quisque locus postulabit, docendi ratio quae non eorum modo scientia quibus solis quidam nomen artis dederunt studiosos instruat et, ut sic dixerim, ius ipsum rhetorices interpretetur, sed alere facundiam, vires augere eloquentiae possit. **XXIV.** Nam plerumque nuda illae artes nimiae subtilitatis adfectione frangunt atque concidunt quidquid est in oratione generosius, et omnem sucum ingenii bibunt et ossa detegunt, quae ut esse et adstringi nervis suis debent, sic corpore operienda sunt. **XXV.** Ideoque nos non particulam illam, sicuti plerique, sed quidquid utile ad instituendum oratorem putabamus in hos duodecim libros

contulimus, breviter omnia demonstraturi: nam si quantum de quaque re dici potest persequamur, finis operis non reperietur. **XXVI.** Illud tamen in primis testandum est, nihil praecepta atque artes valere nisi adiuvante natura. Quapropter ei cui deerit ingenium non magis haec scripta sint quam de agrorum cultu sterilibus terris. **XXVII.** Sunt et alia ingenita cuique adiumenta, vox, latus patiens laboris, valetudo, constantia, decor, quae si modica optigerunt, possunt ratione ampliari, sed nonnumquam ita desunt ut bona etiam ingenii studiique corrumpant: sicut haec ipsa sine doctore perito, studio pertinaci, scribendi legendi dicendi multa et continua exercitatione per se nihil prosunt.

Referencias

- Cuervo, R.J. (1907) *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano: con frecuente referencia al de los países de Hispano-América*. Roger y Chernoviz.
- Poel, M. van der, Edwards, M., & Murphy, J. J. (2021). *The Oxford handbook of Quintilian*. Oxford University Press.
- The Packard Humanities Institute. *PHI Latin Texts*. Recuperado de <https://latin.packhum.or>